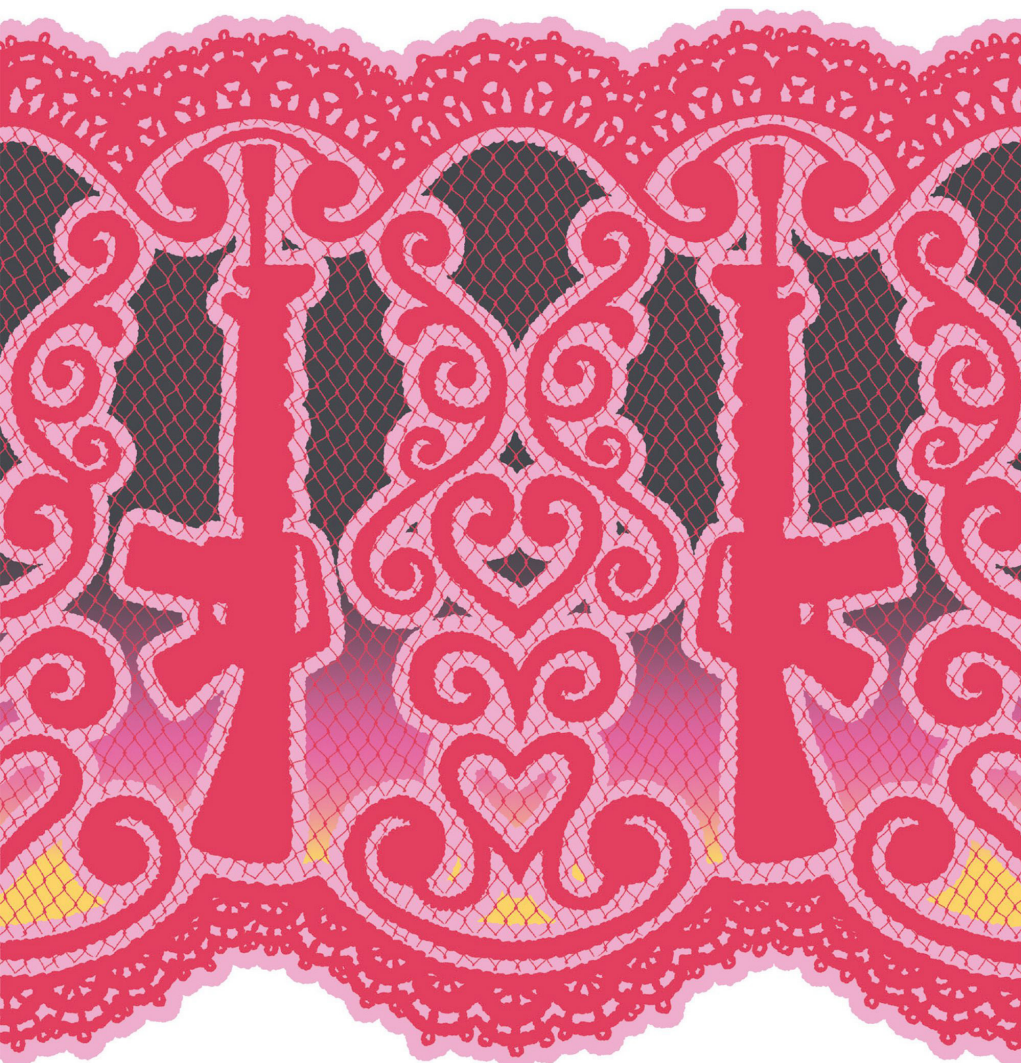


 Seix Barral

Pedro Lemebel

Tengo miedo torero

Prólogo de Alana S. Portero





Seix Barral Biblioteca Breve

Pedro Lemebel

Tengo miedo torero

Como descorrer una gasa sobre el pasado, una cortina quemada flotando por la ventana abierta de aquella casa la primavera del 86. Un año marcado a fuego de neumáticos humeando en las calles de Santiago comprimido por el patrullaje. Un Santiago que venía despertando al caceroleo y los relámpagos del apagón; por la cadena suelta al aire, a los cables, al chispazo eléctrico. Entonces la oscuridad completa, las luces de un camión blindado, el párate ahí, mierda, los disparos y las carreras de terror, como castañuelas de metal que trizaban las noches de fieltro. Esas noches fúnebres, engalanadas de gritos, del incansable «Y va a caer», y de tantos, tantos comunicados de último minuto, susurrados por el eco radial de *El diario de Cooperativa*.

Entonces la casita flacuchenta era la esquina de tres pisos con una sola escalera vertebral que conducía al altillo. Desde ahí se podía ver la ciudad penumbra coronada por el velo turbio de la pólvora. Era un palomar, apenas una barandilla para tender sábanas, manteles y calzoncillos que enarbolaban las manos marimbas de la Loca del Frente. En sus mañanas de ventanas abiertas cupleteaba el «tengo miedo torero,

tengo miedo que en la tarde tu risa flote». Todo el barrio sabía que el nuevo vecino era así, una novia de la cuadra demasiado encantada con esa ruinosa construcción. Un mariposuelo de cejas fruncidas que llegó preguntando si se arrendaba ese escombros terremotoado de la esquina. Esa bambalina sujeta únicamente por el arribismo urbano de tiempos mejores. Tantos años cerrada, tan llena de ratones, ánimas y murciélagos que la loca desalojó implacable, plumero en mano, escoba en mano rajando las telarañas con su energía de marica falsete entonando a Lucho Gatica, tosiendo el «Bésame mucho» en las nubes de polvo y cachureos que arrumbaban en la cuneta.

Solamente le falta el novio, cuchicheaban las viejas en la vereda del frente, siguiendo sus movimientos de picaflor en la ventana. Pero es simpático, decían, escuchando sus líricas pasadas de moda, siguiendo con la cabeza el compás de esos temas del ayer que despertaban a toda la cuadra. Esa música alharaca que en la mañana sacaba de la cama a los maridos trasnochados, a los hijos vagos que se enroscaban en las sábanas, a los estudiantes flojos que no querían ir a clases. El grito de «Aleluya», cantado por Cecilia, esa cantante de la nueva ola, era un toque de diana, un canto de gallos al amanecer, un alarido musical que la loca subía a su tope máximo. Como si quisiera compartir con el mundo entero la letra cursi que despegaba del sueño a los vecinos con ese «y... y tu maano to-o-o-mará la mía-a-a-a».

Así, la Loca del Frente, en muy poco tiempo, formó parte de la zoología social de ese medio pelo santia-

guino que se rascaba las pulgas entre la cesantía y el cuarto de azúcar que pedían fiado en el almacén. Un boliche de barrio, epicentro de los cotorreos y comentarios sobre la situación política del país. El saldo de la última protesta, las declaraciones de la oposición, las amenazas del dictador, las convocatorias para septiembre. Que ahora sí, que no pasa del 86, que el 86 es el año. Que todos al parque, al cementerio, con sal y limones para resistir las bombas lacrimógenas, y tantos, tantos comunicados de prensa que voceaba la radio permanente.

COOPERATIVA ESTÁ LLAMANDO,
MANOLA ROBLES INFORMA.

Pero ella no estaba ni ahí con la contingencia política. Más bien le daba susto escuchar esa radio que daba puras malas noticias. Esa radio que se oía en todas partes con sus canciones de protesta y ese tararán de emergencia que tenía a todo el mundo con el alma en un hilo. Ella prefería sintonizar los programas del recuerdo: *Al compás del corazón. Para los que fueron lolos. Noches de arrabal.* Y así se lo pasaba tardes enteras bordando esos enormes manteles y sábanas para alguna vieja aristócrata que le pagaba bien el arácnido oficio de sus manos.

Aquella casa primaveral del 86 era su tibieza. Tal vez lo único amado, el único espacio propio que tuvo en su vida la Loca del Frente. Por eso el afán de decorar sus muros como torta nupcial. Embetunando las cornisas con pájaros, abanicos, enredaderas de nomeolvides y esas mantillas de Manila que colgaban del

piano invisible. Esos flecos, encajes y joropos de tul que envolvían los cajones usados como mobiliario. Esas cajas tan pesadas que mandó a guardar ese joven que conoció en el almacén, aquel muchacho tan buenmozo que le pidió el favor. Diciendo que eran solamente libros, pura literatura prohibida, le dijo con esa boca de azucena mojada. Con ese timbre tan macho que no pudo negarse y el eco de esa boca siguió sonando en su cabecita de pájara oxigenada. Para qué averiguar más entonces, si dijo que se llamaba Carlos no sé cuánto, estudiaba no sé qué, en no sé cuál universidad, y le mostró un carné tan rápido que ella ni miró, cautivada por el tinte violáceo de esos ojos. Las tres primeras cajas se las dejó en el pasillo. Pero ella le insistió que ahí molestaban, que las entrara al dormitorio para usarlas de velador y tener donde poner la radio. Si no es mucha la molestia, porque la radio es mi única compañía, dijo arrebolada con cara de cordera huacha, mirando las chispas de sudor que encintaban su frente. Las restantes las fue distribuyendo en el espacio vacío de su imaginación, como si amueblara un set cinematográfico, diciendo: por aquí, Carlos, frente al ventanal. No, Carlos, tan juntas no, que parecen ataúdes. Más al centro, Carlos, como mesitas ratonas. Paradas no, Carlos, mejor acostadas o de medio lado, Carlos, para separar los ambientes. Más arriba, Carlos, más a la derecha, perdón, quise decir a la izquierda. ¿Estás cansado? Descansemos un rato. ¿Quieres un café? Así, cual abejorro zumbón, iba y venía por la casa emplumado con su estola de: sí, Carlos. No, Carlos. Tal vez, Carlos. A lo mejor, Carlos.

Como si la repetición del nombre bordara sus letras en el aire arrullado por el eco de su cercanía. Como si el pedal de esa lengua marucha se obstinara en nombrarlo, llamándolo, lamiéndolo, saboreando esas sílabas, mascando ese nombre, llenándose toda con ese Carlos tan profundo, tan amplio ese nombre para quedarse toda suspiro, arropada entre la C y la A de ese C-arlos que iluminaba con su presencia toda la casa.

En todo ese tiempo fueron llegando cajas y más cajas, cada vez más pesadas, que Carlos cargaba con su musculatura viril. Mientras la loca inventaba nuevos muebles para el decorado de fundas y cojines que ocultaban el pollerudo secreto de los sarcófagos. Después fueron las reuniones, a medianoche, al alba, cuando el barrio era un orfeón de ronquidos y peos que tronaban a raja suelta la *Marsellesa* del sueño. En pleno aguacero, estilando, llegaban esos amigos de Carlos a reunirse en el altillo. Y uno se quedaba en la esquina haciéndose el leso. Carlos le había pedido permiso, entrecerrando la pestañada de sus ojos lince. Son compañeros de universidad y no tienen dónde estudiar, y tu casa y tu corazón son tan grandes. Cómo negarse entonces si el morenazo la tiene toda empapada, sudando cuando se le acerca. Además, los chiquillos que pudo ver eran jóvenes educados y bien parecidos. Podían pasar como amigos, pensaba ella sirviéndoles café, retocando el brillo de sus labios con la punta de la lengua, tarareando baladas de amor que repicaba la radio: «*Tú me acostumbraste y por eso me pregunto*», y todas esas frases frívolas que desconcentraban la estrategia pensante de los chiquillos. Enton-

ces ellos le cortaban la inspiración cambiando el dial, sintonizando ese horror de noticias.

COOPERATIVA ESTÁ LLAMANDO: VIOLENTOS INCIDENTES Y BARRICADAS SE REGISTRAN EN ESTE MOMENTO EN LA ALAMEDA BERNARDO O'HIGGINS.

Al correr los tibios aires de agosto la casa era un chiche. Una escenografía de la Pérgola de las Flores improvisada con desperdicios y afanes hollywoodenses. Un palacio oriental encielado con toldos de sedas crespas y maniqués viejos, pero remozados como ángeles del apocalipsis o centuriones custodios de esa fantasía de loca tulipán. Las cajas y cajones se habían convertido en cómodos tronos, sillones y divanes, donde estiraban sus huesos las contadas amigas maricas que visitaban la casa. Un reducido grupo de locas que venía a tomar el té y se retiraba antes de que llegaran «los hombres de la señora», bromeaban insistiendo en conocer ese arsenal de músculos admiradores de la dueña de casa. Pero ella, ni tonta, recogía las tacitas, sacudía las migas y las acompañaba a la puerta diciendo que los chiquillos no querían conocer más colas.

Así, las reuniones y el desfile de hombres por la casita enjoyada fueron cada vez más insistentes, cada día más urgidos, subiendo y bajando la hilachenta escala que amenazaba desarmarse con el trote de machos. A veces ni siquiera Carlos podía subir al altillo y le embolinaba la perdiz para que ella no viera a algunos tapados visitantes. Ni siquiera él podía participar de esas reuniones y le cerraba el paso cuando ella

amablemente curiosa ofrecía café. Porque deben estar muertos de frío allá arriba, decía mirando la cara insobornable de Carlos. Además, por qué no puedo subir si esta es mi casa. Entonces Carlos bajaba la guardia y tomándola de los brazos le hundía aquella mirada de halcón en su inocencia de paloma. Son cosas de hombres, tú sabes que no les gusta que los molesten cuando estudian. Tienen un examen importante, ya van a terminar. Mira, siéntate, conversemos.

Carlos era tan bueno, tan dulce, tan amable. Y ella estaba tan enamorada, tan cautiva, tan sonámbula por las noches enteras que pasaba hablando con él mientras terminaban las reuniones. Largas horas de silencio mirando su fatiga de piernas olvidadas en el raso fucsia de los cojines. Un silencio terciopelo rozaba su mejilla azulada y sin afeitado. Un silencio espeso, cabeceando de cansancio, iba a tumbarlo. Un silencio aletargado de plumas, pesando de plomo su cabeza caía, y ella atenta, y ella toda algodón, toda delicadeza, estiraba una almohada de espuma para acomodarlo. Entonces esa tersura, ese volante, ese plumero del guante coliza que acercándose a su cara iba a tocarlo. Entonces el sobresalto, la crispación de ese tacto eléctrico despertándolo, parándose y atinando a buscarse algo urgente en el costado, preguntando: ¿qué onda? ¿Qué pasa? Nada, te quedaste dormido, ¿quieres una frazada? Bueno. ¿Todavía no han terminado? No dejes que me duerma, háblame de tu vida, tus cosas. ¿Tienes otro café?

Así, separados por bastidores de humo, del fumar y fumar chupando la vigilia, ella tejía la espera, hilva-

naba trazos de memoria, pequeños recuerdos fugaces en el acento marifrucci de su voz. Retazos de una errancia prostibular por callejones sin nombre, por calles sucias arrastrando su entumida «vereda tropical». Su son maraco al vaivén de la noche, al vergazo oportuno de algún ebrio pareja de su baile, sustento de su destino por algunas horas, por algunas monedas, por compartir ese frío huacho a toda cacha caliente. A todo refregón vagabundo que se desquita de la vida lijando con el sexo la mala suerte. Y después un calzoncillo tieso, un calcetín olvidado, una botella vacía sin mensaje, sin rumbo, ni isla, ni tesoro, ni mapa donde enrielar su corazón golondrino. Su encrespado corazón de niño colibrí, huérfano de chico al morir la madre. Su nervioso corazón de ardilla asustada al grito paterno, al correazo en sus nalgas marcadas por el cinturón reformador. Él decía que me hiciera hombre, que por eso me pegaba. Que no quería pasar vergüenzas, ni pelearse con sus amigos del sindicato gritándole que yo le había salido fallado. A él tan macho, tan canchero con las mujeres, tan encachao con las putas, tan borracho esa vez manoseando. Tan ardiente su cuerpo de elefante encima mío punteando, ahogándome en la penumbra de esa pieza, en el desespero de aletear como pollo empalado, como pichón sin plumas, sin cuerpo ni valor para resistir el impacto de su nervio duro enraizándome. Y luego, el mismo sinsabor del no me acuerdo, el mismo calcetín olvidado, la misma sábana goteada de pétalos rojos, el mismo ardor, la misma botella vacía con su SOS naufragando en el agua rosada del lavatorio.

Yo era un cacho amariconado que mi madre le dejó como castigo, decía. Por eso me daba duro, obligándome a pelear con otros niños. Pero nunca pude defenderme, ni siquiera con niños menores que yo, me daban igual y corrían triunfantes con el chocolate de mis narices en sus puños. Del colegio lo mandaron llamar varias veces para que me viera un psicólogo, pero él se negaba. La profesora decía que un médico podía enronquecerme la voz, que solo un médico podía afirmar esa caminada sobre huevos, esos pasitos fífis que hacían reír a los niños y le desordenaban la clase. Pero él contestaba que eran puras güevadas, que solamente el servicio militar iba a corregirme. Por eso al cumplir dieciocho años me fue a inscribir y habló con un sargento amigo para que me dejaran en el regimiento. A Carlos el sueño se le había evaporado y tomaba café cabizbajo. ¿Hiciste el servicio militar, entonces?, preguntó mirando las manos de alondra posadas en las rodillas. Estás loco, ni soñando. Por eso me fui de su casa y nunca más volví a verlo. Un sonido de pasos en el altillo indicaba que la reunión había terminado. Mañana me cuentas la otra parte, dijo Carlos como en secreto, al tiempo que se paraba largo y tan alto que ella lo miró hacia arriba jugando con los flecos de la cortina.

De mi pasado preguntas todo que cómo fue.

Si antes de amar debe tenerse fe.

Dar por un querer la vida misma, sin morir,

eso es cariño, no lo que hay en ti-i.